

igual que una vez saboreado el fruto, el carozo asegura el nacimiento de otros frutos parecidos, el texto, cuando se han desvanecido los prestigios de la representación, espera en una biblioteca que llegue el día de resucitarlos».

El rol del texto en el teatro, es el rol de la palabra en la vida: La palabra sirve a cada uno de nosotros para formularnos a nosotros mismos y comunicar eventualmente a los demás lo que nuestra inteligencia registra. Exprime directamente, claramente; nuestras claras ideas. Y exprime también indirectamente, nuestros sentimientos y nuestras sensaciones en la medida en que nuestra inteligencia los analiza; no pudiendo dar de nuestra vida sensible una transcripción integral y simultánea, la descompone en elementos sucesivos, en reflejos intelectuales, como el prisma descompone un rayo de luz. El dominio de la palabra es inmenso, puesto que abarca toda la inteligencia, todo lo que el hombre puede comprender y formular. Pero más allá, todo lo que escapa al análisis, es inexpresable por la palabra.

De nuestros sentidos a nuestra alma hay estrechos caminos que no cruzan la ruta de la inteligencia. La alegría directa, inmediata, que nos da un hermoso cielo, un bello paisaje, un cuerpo hermoso, la volvemos a encontrar purificada, pero no menos directa e inmediata en la obra pintada o esculpida que ha inspirado; y no encontramos nada de ella en los comentarios literarios que dicha obra suscite; el placer que estos comentarios puedan proporcionarnos será absolutamente diferente. Así, intervienen en ese drama los medios de expresión plásticos, coloreados, luminosos. Luego todos los otros: juego, mímica, ritmo, ruidos, música. etc.

Gracias a ellos podremos escapar a la rutina, pasar las fronteras, traducir en el drama integral, nuestra integral visión del mundo.—A . R O J A S G I M É N E Z .

UN JOVEN ESCRITOR CHILENO, JUAN MANSOULET

A Juan Mansoulet le conocimos algunos años atrás. Estudiaba en el Conservatorio de Música. Todas sus aspiraciones convergían a ser concertista. Le entusiasmaba poder interpretar algún día, una vez en posesión de la técnica, a sus músicos favoritos. Además, como una posibilidad económica que le ayudaría a satisfacer su pasión por el viaje, por el nomadismo sin intermitencias, pues en Mansoulet existe la auténtica cali-

dad del vagabundo que va desarrollando la cinta de los caminos, el nudo monótono de los pueblos, por una necesidad ingénita, tan imperiosa como si fuera biológica. Lo estático para él no tiene sentido. Su dinamismo endógeno le obliga a pragmatizar en acción exterior, su deseo de fuga, su irremediable cariño por el viaje. De ahí que, de pronto desapareciera de la ciudad, sin alcanzar su cartón de concertista, para lanzarse al vagabundeaje necesario. Después de varios años ha vuelto como representante del Mundial Circus y hecho todo un escritor.

Hemos conversado largamente con Juan Mansoulet. Su gesto pausado, lento, poco a poco fué animándose. Su voz se hizo firme, resuelta, al ir desgranándonos su vida circense que Juan Mansoulet empezara como representante del Circo Uruguayo, circo pobre que anclaba sus carpas y su alegría trasnochada sólo en los pequeños pueblos provincianos del sur, como un velero errante y desmantelado por el litoral mediterráneo de la frontera del país. Un día estando en Puerto Octay, a la orilla del Lago Llanquihue, una de las maravillas de la lámpara de Aladino, vigilándola desde el occidente las cúpulas brillantes e inmensas del Osorno y del Calbuco, entusiasmó al empresario para que partieran a la Argentina. Así se hizo y, a lomo de mulas y caballos, la caravana nómada traspuso por el Paso Pérez Rosales la enorme espada de los Andes cuyo filo parte en dos al continente austral. Llegaron a Bariloche y ahí y en otros pueblos aledaños empezó el circo a funcionar haciendo una buena temporada. Pero sobrevinieron algunas dificultades y el circo se disolvió, teniendo Juan Mansoulet que regresar sólo a Chile, en un viaje lleno de peripecias, conociendo el frío desamparado de las cumbres y el hambre mordiente. Pero aquí vuelve a empezar y ahora como empresario del Circo Colón, en el que duró cerca de medio año recorriendo la zona central de Chile, para ir a sufrir un nuevo fracaso económico, quebrando la empresa en Chimbarongo, un pueblecito de huasos tristes.

Después viene una época más incierta aún, luchando a patadas con la vida, conociendo la miseria en sus facetas más humillantes, sabiendo del impotente dolor del proletario. En Santiago, tocando a veces en los cabarets, en un cine o en cualquier parte, es de pronto representante de los Huasos de Pichidehua y un día parte con ellos hacia el norte, en una gira que les es bastante fructífera. En Coquimbo se aparta de éstos, dirigiéndose al Perú, que recorre en su parte sur, dando algunos conciertos de música de Bach, Debussy y Stravinsky, presentándose como pianista francés. Pero el bluff no le sirve en esos pueblos de escasa cultura y donde domina el porcentaje indígena.

siendo su éxito económico muy pequeño lo que lo obliga desde Mollendo a retornar a Chile.

De nuevo en su país, Juan Mansoulet se va a Temuco donde trabaja como profesor de piano. Hace clase a particulares en esa ciudad, en Lautaro y otros pueblos regionales. Le va bien, no tiene motivos para quejarse, pero abandona Temuco dirigiéndose a Imperial—la imperial del Sur que Pablo Neruda encerrara, cantando, en uno de sus *Anillos*—haciendo su residencia en ella. Pero los meses pasan interminables, con sus lluvias sombrías y persistentes, con sus temporales violentos y discontinuos que animan y empujan la cercanía del océano austral. El pueblo le aburre. Una noche va a un circo que da la última función en el pueblo después de una temporada lamentable, se encuentra con un clown amigo y el circo, estando sin representante, deja a Juan Mansoulet como tal.

Al otro día parte con el Circo Arabe, abandonando todos sus compromisos de profesor de piano, su situación económica ya firme, por lanzarse a la aventura de los días inciertos. Viajando de pueblo en pueblo, con alternativas de fracasos y éxitos, llegan a Lonquimay donde el resultado de taquilla es desastroso. Entonces Juan Mansoulet, en alta noche, a las dos de la madrugada, huye del hotel en que estaba hospedado por carecer de dinero para cancelar su estada. Recorre la distancia de Lonquimay a Curacautín a pie, 62 kilómetros andados lleno de frío, con hambre, con el cansancio sujetándole los pasos, con la noche inmensa sobre las espaldas. Pero el alba librándolo, fortaleciéndolo...

Una tarde cualquiera llega al lugar donde habita su familia. El otoño en Perquenco, la quietud mojada y amarilla de la aldea serenan un poco su espíritu. Se dedica un breve tiempo a labores agrícolas que luego le hastían. Una mañana cae en sus manos *Rien de Nouveau dans L'ouest* de Erich María Remarque. Su sencillez,—así nos dice Mansoulet—, su falta de artificio literario, le impresionan. Ve en Remarque sólo a un hombre que cuenta un período alucinante de su vida, sin adornos, escuetamente. Ve que él puede hacer lo mismo y aunque su vida circense, desde luego, no tiene el espectáculo brutal y tremendo, repugnante e infame de la guerra, cree que puede ser de cierto interés vaciar en un libro sus observaciones e impresiones recogidas en el ambiente de los circos. Poco a poco este deseo va dominándolo y haciéndose una imperiosa necesidad, contar lo vivido.

Así nace entonces su libro *Maromeros*—el único que ha

publicado—escrito en algunos meses, por el ex-aspirante a concertista.

«*Maromeros*» no es un libro orgánico. Es cierto que existe la armonía ambiental, la unidad temática. Pero el conjunto se resiente de adornos redundantes; escenas escasamente diferentes en su estructura anecdótica, mas en verdad idénticas, lo que le da monotonía al libro. Tal vez con un poco más de condensación, de supresión de muchas páginas que le quitan interés, habría sido más apretado, más armónico su conjunto. Por eso, antes que un libro orgánico es una serie de cuadros yuxtapuestos, ágiles y vivos, donde la vida de los circos, insignificante y aporreada, aparece observada con precisión y naturalidad. Seguramente por esto alguien lo encontró un poco grosero, sin tomar en cuenta que Mansoulet en su libro ha narrado su vida circense con la mayor fidelidad. Acaso ello sea un defecto, pues notamos en el autor de *Maromeros* una especie de ausencia de capacidad para la creación novelesca, ausencia que nada le quita sin embargo, a su poder narrativo y que tal vez acentúe su manera desordenada de relatar, de conducir el movimiento, sin respeto a las transiciones, sin ningún equilibrio expresivo, pero en forma muy precisa y pintoresca, desde luego.

Digno de elogio es, además, en Mansoulet que en esta época de standardización en la literatura—como en casi todas las actividades humana—aparezca limpio de influencias literarias o ideológicas, aunque usando a menudo un lenguaje que lo traiciona, con muy poco dominio de la técnica, con muchos defectos de estructura, pero donde rebulle un innegable temperamento de escritor al que sería un tanto difícil encontrarle un pedigrée de ascendencias determinadas. Y hay que tener presente que Mansoulet es muy joven aun y ya poseedor de las cualidades esenciales, faltándole sólo aquellas que se pueden adquirir. El sentido de equilibrio, de control, la higiene que da la cultura, harán de él seguramente, al galopar de los años, un escritor completo.—ARTURO TRONCOSO.